



Teatro y Carnaval. Unidos por máscaras y ansias de libertad.

ÓSCAR ROMERO

XVI Conferencia Inaugural del Carnaval de Málaga, 2012.

Desde que se tiene constancia, por medio de escritos, de utensilios decorados con pinturas o modelados en arcilla, se puede apreciar cómo el ser humano ha expresado sus impresiones sobre el entorno en que vivía, las ceremonias religiosas en las que participaba y también en rituales religiosos y celebraciones festivas. Esas celebraciones se realizaban generalmente para agradecer a la deidad correspondiente. Generalmente las celebraciones giraban en torno a las épocas de siembra y recolección de las cosechas, siendo por ello motivó de alegría, que celebraban con cantos, danzas, y parodias sobre la vida cotidiana en sus lugares de residencia. También nuestros antepasados plasmaron por medio de pinturas, más o menos rudimentarias y con mayor o menor colorido, las aventuras que habían experimentado durante sus jornadas de trabajo o de cacería. Buena muestra de ello son las magníficas pinturas rupestres que se encuentran en las cuevas de Altamira, en Cantabria y en el sureste francés.

Se tiene constancia que desde hace más de 5000 años, en la antigua Sumeria y en el Egipto de los faraones, se celebraban rituales muy parecidos a las populares romerías andaluzas de “El Rocío” y de la “Virgen de la Cabeza” en la provincia de Jaén.

Un ejemplo de estas celebraciones se haya en el antiguo Egipto, donde una especie de romería recorría el río Nilo, de norte a sur, mientras que durante el trayecto se iban añadiendo barcazas que salían de lugares ribereños y juntos remontaban el río y se dirigían, entre tantos, danzas, vidas y comidas, hasta el santuario de la deidad correspondiente. Posiblemente, igual que en nuestro siglo, aquellas convivencias generaran rituales de danza, música, cantos y posiblemente diversiones de distinta índole.

Vamos a centrarnos ahora en los posibles orígenes de las dos actividades humanas que son los temas de esta disertación que tengo el honor de exponer gracias a la invitación recibida de la “Fundación Ciudadana del Carnaval de Málaga”.

Tanto del teatro como de las actividades carnavalescas tenemos referencias del pasado remoto, pero es de suponer que tanto el ansia de comunicar los estados de ánimo, alegres, dramáticos y de críticas sociales, han formado parte de la esencia de los seres humanos y las manifestaciones públicas de esos

estados han tenido formas de expresión, tanto en el teatro como en el carnaval. Del teatro se puede decir que existen documentadas obras de la literatura dramática griega, en el género de la comedia cuyo máximo exponente como autor fue Aristófanes, en las que en los intermedios se producían actuaciones independientes del texto dramático en las que los actores danzaban mientras cantaban coplas alusivas a los personajes de la comunidad, a sus vicios y, pocas veces, a sus virtudes, así como a los actos y errores de gobierno que se producían. Todo esto a la manera de una revista de colores rosa o negro según los casos, pero actividad que fue prohibida en Grecia cuando después de perdida la guerra del Peloponeso, el gobierno de “los 30 tiranos”, nombre que recibieron los 30 magistrados que se hicieron cargo del poder oligárquico, prohibieron esa actividad y la llamada “comedia Ática antigua”, así como, a la vez, que se describieran en ellas lugares y personas identificables con las de la sociedad griega y sus mandatarios. La acción de las piezas tenía que ser situada en lugares fuera de las fronteras griegas y las críticas sólo podían hacerse sobre acciones de ciudadanos particulares o conflictos de familias. A este nuevo modelo se le llamó comedia Ática nueva” y su más importante autor fue Menandro. La única obra de él conservada es “el Díyscolos”; pero de Aristóteles se conservan muchas obras y en el teatro romano de Málaga se representaron desde el año 1959 varias de ellas, entre las que figuraban Lysístrata, “La asamblea de las mujeres”, “Los acarnienses”, “Las aves”, “Las nubes” con la que se inauguraron los Festivales de teatro greco-latino, en 1959 y “las tesmosforas”. De esta última obra recuerdo unas anécdotas ocasionadas por las condiciones de censura establecidas en aquella época y que nos obligaban a engañar al Ministerio correspondiente, amparándonos en la lentitud administrativa. Cómo había que mandar al dichoso Ministerio 3 copias mecanografiadas, utilizábamos el truco de mandar las últimas, de un total de 7 y realizadas con papel carbón². Por tanto, difícilmente legibles, así cuando nos contestaban habían pasado 15 días y la ley de silencio administrativo, entonces vigente, nos permitiría estrenar la obra antes de tener la negativa. En 1974 fue estrenada en el teatro romano de Málaga, durante los festivales de teatro greco-latino, “Las tesmóforas” y utilizamos, en la puesta en escena, un falo de considerable tamaño, realizado en escayola, con el que realizamos un cortejo procesional que recorría el recinto. Volvimos a programar las en los festivales greco-latinos de 1979 y entonces, con la censura abolida, el escultor Antonio Leiva nos confeccionó un falo monumental que fue paseado por las calles de Málaga, desde la barriada de la Paz hasta la calle Alcazavilla y sobre un camión batea descubierto.

Volviendo al tema de la comedia griega, la “parábasis” en la comedia ática antigua, de más de 2500 años de antigüedad, de la que se conservan una docena de títulos y es la primera constancia de un texto literario con características similares a las letras que cantan nuestras murgas y comparsas actuales, no tenemos, obviamente, constancia de las entonaciones musicales que utilizaban, lo mismo que tampoco la tenemos de la entonación que al verso compuesto con “trímetros yámbicos” correspondientes a la “tragedia griega”. La censura siguió ejerciendo su tiranía y contagió a la comedia romana, aunque, en tierras de la península italiana un pueblo distinto al de Roma, Etruria, ofrecía varios géneros teatrales con características similares a los actuales cantos de carnaval; en sus temáticas y en sus puestas en escena. Estos géneros son: “el fescennino”, “el mimo” y la “Satura”. El fescennino tenía un desarrollo coral parecido a los coros de carnaval y a las comparsas. Con ellos se loaban las excelencias de ciudades y personajes. El mimo etrusco era totalmente distinto al género que hoy conocemos y que no utiliza la palabra. Sólo consta de gestualidad, pero si utilizaron los diálogos, a la manera de los cuartetos carnavaleros y generalmente su lenguaje era bastante soez y sin censura. Solían atacar verbalmente a todo lo que se pusiera por delante, objetos, personas o cosas. La satura recibía ese nombre de un plato de cocina típico de Etruria: “Lanx Satura”, que era una especie de revuelto parecido a la comida que nosotros conocemos como “ropa vieja”. Las representaciones de estos géneros se realizaban alrededor

de fiestas de celebración, tanto de siembra como de recolección de los frutos y constituían el conjunto de fiestas para el regocijo de los etruscos y, asimismo, para dar gracias a las divinidades para contentarlas para obtener su protección. Estas actividades pueden considerarse como teatro porque generalmente se desarrollaban sobre las líneas de unos argumentos y también podrían considerarse como actividades carnavales por la utilización de vestuarios, máscaras y girar sobre la narración de acontecimientos y personajes caricaturizados o criticados, como en los carnavales de hoy.

Se tiene constancia de que estos espectáculos etruscos llegaron a la ciudad de Roma unos 300 años antes de Cristo y, por tanto, tuvieron que tener influencia en el desarrollo de la comedia latina, cuyos máximos exponentes fueron Plauto y Publio Terencio Afer. La comedia romana, por imperativo de la censura, desarrolló la misma estructura que la comedia ática nueva. Las representaciones de los géneros etruscos se disolvieron en el tiempo, pero algunos de sus personajes, que representaban arquetipos de comportamientos humanos, permanecieron tanto en las comedias de Plauto, como el soldado fanfarrón de “Miles Glorioso” y otros como “Pappus” el viejo celoso, “Maccus” el zafio glotón, “Buccus” fanfarrón y bocazas, que podría compararse con el soldado fanfarrón, “Dossennus” jorobado y malicioso y “Manduccus” masticador empedernido y glotón. Todos ellos resurgirán 2000 años después y formarán parte como personajes en la Comedia del Arte. con nombres como los de Arlequín, Pantalón, Brigüela, el Capitano, Colombina y otros cuyos atuendos y caracterización física siguen formando parte de la galería de disfraces favoritos en bailes y fiestas de carnaval.

Durante el largo y oscuro periodo de la edad media, a causa de la censura religiosa, fueron prohibidas toda clase de manifestaciones profanas y por tanto el carnaval y el teatro sufrieron la misma suerte de persecuciones y calificaciones negativas. La práctica de encontrar historias sobre personas o acontecimientos quedó circunscrita a las actuaciones de los llamados “Bardos” y “Trovadores” que recorrían aldeas, siempre perseguidos por los clérigos, y siendo acogidos en palacios y castillos por gente de la nobleza que gustaba de oírlos decir secretos y chismes sobre otros nobles vecinos. Esta fue la única línea abierta para expresiones y actividades carnalescas y al teatro profano sólo le quedó como ámbito de expresión algunos grupos o formaciones que con nombres como “Bululús”, “Garnacha”, “Goliardos” y otros muchos, actuaban en plazas de pueblos y caseríos o en almacenes y patios de casas particulares que se prestaban a acogerlos.

En esta oscura época las personas que se dedicaban a hacer teatro o a divertir a los demás con historias o canciones eran reprobadas por las autoridades civiles o religiosas, ya que consideraban que eran gente de mal vivir y hasta Alfonso X el sabio, en el código de las siete partidas, prohibió acercarse a todos ellos a menos de una lengua de distancia de cualquier población. De esta ley proviene la denominación de artistas de todo tipo con el calificativo de “cómicos de la legua”.

Todas las celebraciones teatrales y carnalescas están relacionadas, desde tiempos remotos, con rituales religiosos y siendo coincidentes, en fechas de un marcado carácter festivo siempre, alrededor de cultos sagrados. Las Lupercales” romanas se celebraron antes de primavera, para agradecer a los dioses que la siembra de cosechas se había realizado y pedir a la divinidad correspondiente que velara por un buen resultado. Las Saturnales, consideradas el origen de los actuales carnavales, tenían su celebración el día 19 diciembre. Eran en honor de Saturno, dios principal que había arrojado a Cronos a los abismos y usurpado su puesto. Celebraba la conclusión de un periodo anual y el comienzo de otro, pues consideraban la llegada del invierno como el comienzo de un nuevo ciclo productivo. Julio César, siendo cónsul de Roma, añadió otro día más a las celebraciones y más adelante, con el Imperio, se amplió a tres

días. Tanto bailes y pantomimas eran los ingredientes de la celebración, como el consumo de bebidas, más o menos embriagadoras, que propiciaban la desinhibición para el esparcimiento.

La máscara está, desde los orígenes del teatro y de los carnavales, asociada a las dos manifestaciones del espíritu de libertad de los seres humanos. Es el elemento básico para ocultar la propia personalidad y permitir la transformación en un ser distinto, para caracterizar a los personajes de una obra de teatro y así proporcionar la ilusión de experimentar vivencias y sentimientos distintos a los de la naturaleza propia e individual de los intérpretes. En el caso de los carnavales es la máscara la que oculta el físico del carnavalero o carnavalera, para así poder expresar más libremente lo que siente, piensa o desea hacer.

La máscara aparece en el teatro desde sus orígenes en las celebraciones de las fiestas en honor a Dionisos, dios del vino, en las que un sacerdote colocado tras una piedra rectangular llamada “Tymele”, donde se ofrecerá el sacrificio de un macho cabrío, mientras un coro de doce o más personas, disfrazadas con pieles de cabra y máscara con cuernos danzan alrededor entonando unas composiciones en verso llamadas “Ditirambos”. Los fieles asistentes (público) se situaban frente a la ceremonia, en una elevación del terreno que permitiera ver a todos el desarrollo de la ceremonia. A ese lugar se le llamaba “Teaomai” y al parecer este es el nombre que da origen a la palabra teatro. Tanto en las Tragedias como en la comedia, los intérpretes llevaban máscaras de rictus triste o alegre, que servían, además de identificación del personaje, para potenciar la voz.

Como podemos observar, ambas celebraciones, carnaval y teatro, tienen sus orígenes en rituales religiosos. Eso es en los tiempos más remotos de los que se tienen noticias; pero después de la gran prohibición producida a causa de las represiones en la edad media, vuelven a surgir y esta vez, paradójicamente, de manos de las iglesias. El teatro medieval surgirá en las celebraciones en torno a la vida y muerte de Jesucristo, cuando en las basílicas e iglesias de Roma un sacerdote ircomenzará narrando las palabras atribuidas a Jesús y otro le dará réplica con las preguntas y respuestas de los otros santos y personajes. La atención con que los fieles siguen esos diálogos hace ver a los clérigos la fuerza de comunicación que puede tener una representación teatral. Lo mismo que el argumento utilizado para la prohibición era que los actores participaban del carácter diabólico de los personajes que interpretaban, al ser éstos sagrados participarían de su santidad.

Hay documentos que acreditan que a los carnavales se les dio salida entre los siglos IX y X, siendo la motivación argumentada que, al estar cercana la Cuaresma, fechas en las que la carne estaba prohibida en todos los sentidos y que a esta circunstancia le acompañaba el ayuno y la flagelación, se permitió que en los días previos al miércoles de ceniza se pudieran celebrar fiestas permisivas donde la carne para comer y para gozar estuviera permitida. De ahí viene la palabra carnaval: de “carne vale”.

Las fiestas de carnaval proliferaron por toda Europa y fueron transportadas al continente americano por descubridores y colonizadores de toda procedencia. El desarrollo y las vicisitudes pasadas por ambas manifestaciones artísticas, único soporte junto a la literatura impresa de la libertad de expresión artística, son similares y siempre han ido de la mano de los poderes civiles, militares y sobre todo eclesiásticos, que cada periodo de la historia ha padecido. Aquí en España, con el advenimiento de la República, se pudieron reanudar, pero por poco tiempo, ya que, al implantarse la dictadura franquista, la prohibición de los carnavales fue total y la libertad del teatro fue sometida a una rígida tortura. A partir de la recuperación de la democracia, las antiguas tradiciones han ido implantándose de nuevo y en

algunos lugares constituyen verdaderas muestras de arte y diversión. Son de distinta índole. En cada lugar, sobre todo por la influencia de las condiciones climáticas, en unos lugares como Brasil o Canarias permiten vestuarios más ligeros por sus buenas temperaturas en la época y en otros lugares del continente europeo donde los disfraces son más vistosos y también de más abrigo.

Hoy, con esta charla, dan comienzo las celebraciones del carnaval del año 2012 en la ciudad de Málaga. En estos tiempos oscuros y llenos de recortes, miedos y mentiras, aprovechemos la oportunidad que nos brinda este tiempo pre-cuaresmal, para poner un granito de alegría entre tanto discurso agorero y tanta merma de derechos y sueldos para las víctimas de la crisis y a soltar las lenguas. Así que, hombres, mujeres, jóvenes, niños y niñas...¿Adelante!...¡La máscara pónstela... pónsela!

Málaga 26 enero 2.012

Oscar Romero